

## **Crónicas del agua**

(La escasez de agua en el interior rural de Santiago, vista desde una mirada urbana)

### **Capítulo I: El agua líquido maravilloso**

Horacio Cao

Abro la canilla en un barrio cualquiera de clase media.

El agua – toda la que necesite, toda la que deje correr – brota como un hecho común, sin importancia. La utilizo como si fuera aire, sin pensar. Es que en los sectores relativamente acomodados se ha naturalizado tanto su libre disponibilidad que es un escándalo cualquier limitación.

Cada tanto algún hecho nos saca de esta idea. Se lee en el diario: “ahora las guerras son por el petróleo, dentro de unas décadas serán por el agua”, pero es sólo un sobresalto temporario. Antes de que nos demos cuenta, el tema se desenfoca y vuelve al olvido.

Fuera de esa caja de cristal que es la vida relativamente acomodada, para muchos – la mitad de la población de Santiago del Estero? – contar con agua es un hecho que ocupa buena parte de los esfuerzos cotidianos, tanto que todas las conductas sociales y políticas terminan siendo contaminadas de una forma u otra por el patrón de escasez.

Más grave aun, abastecerse de agua depende de una suma de concisiones sobre las cuales esta población no tiene ninguna influencia: clima, políticas hídricas del gobierno, nivel de napas subterráneas.

Hace un tiempo me tocó llegar a un lugar como ese, geográficamente no muy lejos, pero que parece quedar del otro lado del mundo, donde el agua no está naturalmente a nuestra disposición.

Tras un primer shock, me di cuenta que iba ganando mi admiración la lucha cotidiana de los campesinos y pobladores por vencer la falta de agua, que me llenaba de sorpresa y bronca el sistema político y comercial que se aprovechaba de la escasez.

Casi sin querer empecé a recopilar desordenadamente pensamientos, anécdotas, imágenes. Todas exorbitantes, todas extremas.

Ahora que llovió un par de veces, que la gente ya no se agolpa en los municipios pidiendo soluciones, que el ganado no muere en las rutas, hay un espacio para pensar con más serenidad en algo más de fondo que sólo responder a la urgencia.

Esta serie de aguafuertes que hoy se empiezan a publicar quiere ayudar a tomar conciencia de una situación extrema, a buscar respuestas para que, en algún tiempo, queden como crónicas extravagantes de hechos que se recuerden con incredulidad.

En lo personal, ver una realidad tan diferente cambió mi percepción sobre muchas cosas. Por lo pronto, creo que nunca volveré a ver correr agua con despreocupación. En estos días, cuando la veo surgir de la canilla – fresca, segura, interminable – no puedo dejar de sentir una mezcla de exaltación – por la posibilidad de disfrutarla sin límites – y culpa, por la ventaja sobre tantos otros que sufren su ausencia.

## **Crónicas del agua**

(La escasez de agua en el interior rural de Santiago, vista desde una mirada urbana)

### **Capítulo II: Fatalidad**

Horacio Cao

No hay caso. El río se desliza muy por debajo de la boca toma del canal, por donde debería entre el agua si queremos que llegue hasta el pueblo.

Pero esto es sólo la primera parte del problema. Después debería recorrer cuarenta y cinco kilómetros por un tajo rudimentario en la tierra, sembrado de acequias laterales y arenales, donde da toda la sensación de que irremediablemente se perdería.

Miramos el agua del río, que se escapa fresca y serpenteante, la boca toma, casi medio metro arriba del curso, y el rudimentario canal, que se desvía como una recta seca e interminable hacia el horizonte.

Río, boca toma, canal. Río, boca toma, canal.

No hay caso. Parece imposible que alguna vez el agua vaya a subir.

Rehacemos los cuarenta y cinco kilómetros hasta la otra punta del canal, donde está la represa que abastece de agua al pueblo.

Alguna vez era un lago majestuoso. Después fue una laguna. Al final un charco y desde hace una semana está seca.

Calor. Sol. Animales muertos. Sed.

La resolana se hace más potente sobre el salitre.

Un motor desvencijado levanta agua de un pozo a todo lo que da: con eso apenas alcanza para que algunas familias del pueblo – menos de la mitad – tengan dos horas de agua cada dos días.

Los vecinos se acercan a la modesta casa municipal. Hasta mi se filtran algunas palabras de las conversaciones: “hijos”, “enfermedad”, “cocinar”, “higiene”, “baño”, “Ud. no sabe lo que es”.

Comprensible. Obvio. Indiscutible. Pero... de dónde sacar agua?

Alguien, en la puerta del municipio, comenta con resignado fatalismo “el año pasado estuvimos diez meses sin agua”.

## **Crónicas del agua**

(La escasez de agua en el interior rural de Santiago, vista desde una mirada urbana)

### **Capítulo III: De viaje con el camión tanque: ojos apagados**

Horacio Cao

El camión tanque viaja trabajosamente por una senda desecha hasta llegar al río. Maniobramos para ubicar al camión de culata en el borde del acantilado y dejar caer la manguera hasta el cauce.

Bombeamos durante media hora hasta llenar el tanque; ya estamos listos para empezar a repartir agua.

Sacamos la lista y apuntamos el primer nombre: un aljibe comunitario del paraje x. Otra senda desapareja, igual pero diferente, nos lleva a los saltos entre un paisaje de arbustos amarillos, ganado flaco y árboles cansados.

En un recodo Gerez, el chofer, me dice: “Es allá”.

Alrededor del Aljibe ya están los vecinos esperándonos con ansiedad, y con ellos el acostumbrado racimo de niños harapientos de las zonas rurales. Miradas taciturnas, ojos oscuros y saltones.

Mientras desenrollamos y conectamos la manguera al tanque para empezar a llenar el calicanto, se acercan otros vecinos de la zona que no se abastecen de este aljibe y que han visto pasar el camión. Apenas una campesina comienza a hablar, Gerez la corta en seco: “madrecita, sólo le damos a los que están anotados”.

Desconfianza.

Se ve claramente lo que piensan (“querrán plata?” “nos estarán castigando porque cree que somos de la oposición?”).

El agua choca fuerte contra el fondo seco del aljibe. Alguien dice “que suerte, señor, hace meses que estamos sin agüita”. Nos quedamos en silencio viendo como lentamente va subiendo el nivel del agua. A la mitad del calicanto, Gerez comienza a cerrar la llave de paso. “Un poquito más, señor” “No, mamita, sino no alcanza para los demás”.

Volvemos al camión, sabiendo que la historia y los diálogos se repetirán en cada calicanto que visitamos, al menos una docena de veces en el día.

Entre viaje y viaje, alguien me comenta “No les crea todo lo que dicen”. “Con un burrito hacen los quince kilómetros hasta el río para buscar agua, así que algo siempre tienen”.

A la noche, los ojos apagados de los changos me persiguen en una pesadilla.

## **Crónicas del agua**

(La escasez de agua en el interior rural de Santiago, vista desde una mirada urbana)

### **Capítulo IV: Viene la ayuda - 1ª parte: Esperanzas**

Horacio Cao

Estamos en el momento más grave de la sequía. La represa que abastece de agua al pueblo está seca y desde hace días la distribución es mínima.

El paso de pobladores por el Edificio Municipal pidiendo agua es incesante y aumenta cada día: por cada familia asistida por el camión hidrante se anotan otras tres o cuatro.

La crisis se refleja en la comunicación con el gobierno de la provincia. Primero se le avisó que la situación estaba compleja. Después se pidió ayuda sin tantas vueltas. Ahora es una alarido suplicante: hagan lo que puedan, pero hagan algo.

Se sabe que los teléfonos y despachos de la provincia están al rojo: cada municipio moviliza funcionarios, políticos, amigos, ONGs, supuestos influyentes, lo que tenga a mano.

La provincia hace más de lo que puede, pero no hay ni por asomo elementos como para responder los pedidos. Esto se sabe en los municipios, por lo que los mensajes que se siguen enviando, tienen un sino de desesperanza.

Tal vez fue porque el pueblo donde estaba era el más necesitado, porque así estaba planificado, porque alguno de los influyentes dio en la tecla. La cuestión es que - contra todos los pronósticos - el lunes llega la respuesta más esperada: en la semana un equipo de recursos hídricos vendrá a armar una operación de emergencia para llenar la presa de agua.

Inmediatamente la presión sobre la municipalidad parece amainar. Se sabe que es sólo el primer paso y que nada está garantizado pero, al menos, se ha prendido una luz de esperanza. En el municipio se nota un cambio de actitud: se puede hacer algo más que estar rezando para llamar a la lluvia.

## **Crónicas del agua**

(La escasez de agua en el interior rural de Santiago, vista desde una mirada urbana)

### **Capítulo V: Viene la ayuda - 2ª Parte: Problemas**

Horacio Cao

Vimos en la nota anterior como cuando la escasez de agua llegaba a su punto crítico, llegó el aviso salvador: desde recursos hídricos de la provincia se estaba preparando una expedición de ayuda..

Desde ese momento, en el municipio se espera ansiosamente el llamado telefónico que confirmará la llegada del equipo que levantará agua del río y la pondrá en un canal, por donde deberá recorrer los largos siete kilómetros hasta la presa del pueblo.

Suena el teléfono: llegan el martes.

Minutos más tarde se rectifican: no consiguen motor, así que se pasa para, tal vez, el jueves.

El jueves no se sabe nada.

El viernes, mágicamente, el equipo esta trabajando en el río, en el paraje x. La parafernalia ligada al trabajo es a la vez rudimentaria y grandiosa. Un largo tubo que va desde la barranca al río. Un motor que levanta agua hasta el canal, con dos viejos tractores que lo reemplazarán cuando se lo ponga a descansar cada seis horas. Una cuadrilla deslama la larga acequia, y se prepara para seguir el agua para que la basura que vaya siendo arrastrada no lo tapone.

Ante la noticia de que esta el equipo, la camioneta de la municipalidad sale hacia el paraje x a ofrecer ayuda y estar al tanto de la situación. En el camino que da presa de un bobadal. Bajo el sol bochornoso se espera que el chofer vaya hasta el pueblo, varios kilómetros abajo, a conseguir un tractor que lo rescate.

Paréntesis: para quienes no lo conocen, un bobadal es un lugar en donde la tierra seca tiene una consistencia parecida a la de la harina o el talco. Al caminar sobre éll, uno se llega a enterrar hasta las pantorrillas. Una huella que atraviesa un bobadal es, en tiempos de seca, una trampa mortal para los vehículos. Una acequia que lo atraviesa, implica que el agua se escurrirá por largas horas hasta que se sature de humedad e impermeabilice. Fin del paréntesis.

Pero a la llegada al campamento, todo está detenido. “Se ha roto un tractor que tiene que trabajar en combinación con el motor” “Hasta que no consigamos otro, no vale la pena seguir”.

Vuelta al pueblo. Se consigue un tractor, al otro día ya está en el paraje x.

Se prueba el equipo. Se rompen unos tornillos cementados cuyo reemplazo únicamente se consigue en la ciudad z, a casi cien kilómetros. Otro día de atraso.

Mas problemas: en la prueba queda claro que los tubos por donde se bombea el agua no pueden ensamblarse. Hay que esperar unas juntas que permitan darle mas juego a las articulaciones. Luego se rompe una correa. Después no llega el combustible en la fecha.

Otra vuelta las demoras se originan en que debe despacharse uno de los tractores para una urgencia en el pueblo de w.

Resumiendo, sólo después de múltiples parches, arreglos, empantanamientos en el bobadal e innumerables percances que no hay espacio de contar, la primer correntada de agua llega a la acequia.

¿Al fin solución? No iba a ser tan fácil, todavía faltan siete kilómetros de problemas.

## **Crónicas del agua**

(La escasez de agua en el interior rural de Santiago, vista desde una mirada urbana)

### **Capítulo VI: Viene la ayuda - 3ª Parte: Algo es algo**

Horacio Cao

Después de múltiples vicisitudes que narramos en la nota anterior, el agua bombeada desde el río ha empezado a recorrer el canal que conecta, siete kilómetros más abajo, el río con la represa que abastece de agua al pueblo.

En el frente de la corriente avanza una cuadrilla va retirando la basura que se arrastra y que podría taponar el canal.

Nada está garantizado. Hay que sostener una corriente continua, porque sino la ola de agua se escurre en las sedientas tierras que atraviesa la acequia.

Lo rudimentario de todo el dispositivo – estructura de tubos articulados que cae desde el acantilado hasta el curso del río, que con el motor no para de vibrar. Motor que debe andar de manera continua para sostener la corriente de agua. Acequia que atraviesa fincas de campesinos desesperados por la seca que ha arruinado sus sembradíos y muerto sus animales.

El agua avanza perezosamente por la imperceptible pendiente del canal. Hay que tener paciencia: se calcula que llegará a la presa en unas diez horas y que si logramos mantener el funcionamiento continuo durante una semana, llenara la presa.

Parece un milagro después de tanta seca, tal vez en diez días tengamos reservas como para un par de meses de consumo.

A escasos cien metros de la presa la corriente de agua se frena y, mágicamente, todo el caudal se escurre en la acequia. El enésimo problema del motor detuvo el bombeo, y todo el trabajo – y el combustible – se perdió. Hay que empezar de cero otra vez.

Pero ahora mágicamente, los problemas parecen ser menores. Si al principio , el dispositivo se rompía a cada hora, ahora todo parece más confiable. Al tercer intento el dispositivo llega a andar quince horas seguidas, y un minúsculo laguito se forma en la presa del pueblo.

1

Costó tanto, y es tan pequeño que da pena bombearlo hacia la planta potabilizadora y de ahí a la red de distribución.

El próximo intento es más efectivo: durante dos días y medio está entrando agua a la presa. Tendríamos una buena reserva sino fuera porque por las noches, la acequia es rota “casualmente” frente a los sembrados de los campesinos.

La policía pide adicional para custodiar el canal, y ya es enorme el gasto en combustible, el municipio no puede gastar más en la operación.

---

<sup>1</sup> Ver nota anterior.

Tan mágicamente como habían llegado, un día el equipo de Recursos Hídricos avisa que tiene que viajar hacia otro pueblo. No ha llenado la presa, pero deja una reserva para unos siete días.

Tal vez, antes de que se seque la presa, lleguen las ansiadas lluvias. Algo es algo.

## **Crónicas del agua**

(La escasez de agua en el interior rural de Santiago, vista desde una mirada urbana)

### **Capítulo VII: Decir no**

Horacio Cao

Con la presencia de todas las entidades intermedias del poblado de x, se desarrolló la acostumbrada reunión de la Mesa de Política Sociales. Tema excluyente: cómo se va a distribuir la poquísimas agua en existencia.

La afluencia de pedidos es aproximadamente diez veces mayor que la capacidad de respuesta con el camión tanque del Municipio y otro que presta Recursos Hídricos de la Provincia. La solución está cantada: sólo se repartirá agua en los aljibes comunicativos en un radio de n kilómetros alrededor del pueblo... y allí mismo se seleccionan los calicantos favorecidos y se hace el circuito de distribución.

A nadie se le escapa que es una medida heroica: aún han quedado varios aljibes de uso común fuera del recorrido y, más grave aún, hay un alto porcentaje de población que no tiene un aljibe comunitario en las cercanías de su vivienda, ni tiene costumbre la práctica de abastecerse en alguno de ellos.

“Que se acomoden a la situación, que es extrema” dice alguien.

“Y los enfermos, los ancianos, los que no pueden trasladar agua?”, preguntan otros.

“Bueno, lo que quiere que se reparta agua a familias, que nos digan cuáles familias le vamos a dar y a cuáles no y también qué aljibes comunitarios no se abastecerán. El agua no alcanza para todos.”

Parece que el argumento cierra la disputa, porque ya nadie ensaya una respuesta.

Si bien todos terminan aceptando la lógica de hierro de la escasez, nadie puede evitar que el resto de la reunión transcurra en un clima agrio y desesperanzado.

Al otro día llegan pobladores desde z, una parada (caserío) tan pobre como todas las de la zona, distante a unos 15 kilómetros del pueblo. Vienen a anotarse en la lista de distribución de agua. En el municipio todos saben que la parada ha quedado afuera del circuito de distribución del camión tanque y ninguno se anima a mirarlos a los ojos cuando les dicen que para ellos no habrá agua...

## **Crónicas del agua**

(La escasez de agua en el interior rural de Santiago, vista desde una mirada urbana)

### **Capítulo VIII: Como siempre**

Horacio Cao

Cuando leyó estas notas, mi amigo Raúl Dargoltz me hizo llegar un valiosísimo video filmado en septiembre de 1992.

El video documenta un de los “asaltos” a los trenes, hasta hace un tiempo comunes en épocas de seca. El que está filmado se desarrolla en Estación Atamisqui.

Primero se observa como se van juntado hombres, mujeres y niños con baldes, tachos, ollas y recipientes de todo tipo. Vienen en familia, y con el correr del video conforman una multitud a la vera de la estación.

A lo lejos se ve llegar el tren. El maquinista, por un acuerdo previo -nos han hecho saber en la filmación que se trata de un favor que hace a la población Ferrocarriles Argentinos- detiene la formación de pasajeros para dejar un poco de agua en el pueblo.

Después vemos como el gentío se abalanza sobre los vagones tanque de la formación recién llegada.

Desorden. Se pelea por sacar agua de los cuatro o cinco grifos. También se iza agua en baldes desde la toma superior.

A los minutos, suena insistentemente la sirena y el tren sigue viaje.

En el medio hubo tiempo para que los pobladores hablaran a la cámara: “Hace meses que no tenemos agua”, “La comisión municipal reparte agua sólo a los amigos”, “Ya no sabemos qué hacer”.

Han pasado doce años desde la filmación y todo parece seguir igual. La escasez recurrente, las frases de los pobladores, la indefensión de los niños.

En verdad si ha habido un cambio importante: el tren ya no llega a la provincia.

[PDF to Word](#)